



www.loqueleo.com/es

© 1994, Carlo Frabetti

© 1994, Araceli Sanz

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-037-4

Depósito legal: M-37.680-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: marzo de 2020

Más de 30 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La magia más poderosa

Carlo Frabetti

Ilustración de cubierta de Iratxe López

loqueleg

*A Pilar Careaga
y M.^a José Gómez-Navarro,
que comprendieron antes que yo
que tenía que escribir este libro.*

El octavo enano

—¡Malditos enanos, soltadme! —gritaba la vieja, debatiéndose inútilmente por librarse de las cuerdas que la sujetaban al árbol.

—Grita todo lo que quieras, bruja del demonio —le contestó uno de los enanos, aquel al que llamaban Gruñón, depositando a sus pies una gran rama seca—. Pronto arderás en el infierno.

Uno tras otro, seis de los enanos fueron poniendo alrededor de la anciana los trozos de leña que habían recogido por los alrededores, mientras el séptimo, que era el más viejo, y al que llamaban Sabio, permanecía inmóvil con una antorcha en la mano, iluminando la siniestra escena.

Cuando la leña estuvo apilada alrededor de la vieja, formando un montón que le llegaba casi

hasta la cintura, Sabio se acercó y, sin decir palabra, inclinó la antorcha para encender la hoguera.

—¡Malditos seáis mil veces, enanos repugnantes! —aulló la anciana al ver como las llamas empezaban a rodearla.

8 Los siete enanos se retiraron unos pasos, contemplando en silencio el terrible espectáculo. Estaba anocheciendo y las llamas proyectaban sombras fantasmagóricas, como si el bosque hubiera cobrado vida y los árboles estuvieran bailando una danza macabra alrededor de la hoguera, sin otra música que los gritos de la vieja y el crepitar del fuego.

De pronto, una de las danzantes sombras pareció cobrar vida y, abalanzándose sobre la hoguera, empezó a dispersar las ramas ardientes con frenéticos movimientos.

Los enanos retrocedieron asustados, pensando que se trataba de algún hechizo que había realizado la bruja.

—¡Ha llamado a un demonio en su ayuda! —gritó el enano al que llamaban Dormilón,

que ahora estaba bien despierto y con los ojos desorbitados por el espanto.

—Calma —dijo Sabio—. No es un demonio. Es un enano como nosotros.

—Como vosotros, no, afortunadamente —replicó el aludido—. Yo no soy un loco incendiario ni un asesino de ancianas.

El que había dispersado las llamas era un enano de mediana edad, bastante fornido, de hirsuto cabello rojo y barba aún más hirsuta.

Sabio, sin perder la calma, se acercó al recién llegado.

—Nos juzgas mal, hermano —le dijo—, y te comprendo, puesto que no conoces los terribles hechos que nos han llevado a esta situación. Pero has de saber que esa vieja es una malvada bruja, y que acaba de matar a la más dulce y bondadosa de las doncellas.

—¡Mientes, enano miserable! —gritó la anciana, tosiendo a causa del humo, pues aunque ya no corría peligro de morir abrasada, algunas ramas secas seguían ardiendo cerca de ella.

—¿Una bruja? Muy interesante —dijo el enano pelirrojo—. Sabed, hermanos, que mi nombre es Ulrico, y soy un infatigable cazador de brujas.

—Pues vuelve a poner la leña a su alrededor, maldito entremetido —le espetó Gruñón—, y vamos a quemarla de una maldita vez.

10 —No se puede condenar a una bruja, ni a nadie, sin un juicio justo —replicó Ulrico—. ¿De qué la acusáis exactamente?

—Ya te lo he dicho —contestó Sabio—. Ha matado a nuestra amiga Blanca, la más bondadosa...

—No le creas, Ulrico —le cortó la vieja—. Yo solo le he dado una manzana.

—Sí, una manzana envenenada, bruja del demonio —gritó Gruñón.

—¿Cómo sabéis que la manzana estaba envenenada? —preguntó Ulrico.

—Muy sencillo —contestó Sabio—. Blanca ha muerto después de comerla. Un solo bocado ha bastado para matarla.

—Mucha gente muere después de comer algo —observó Ulrico—. Bien mirado, se puede decir que todo el mundo muere después de comer, ya que siempre hay una última comida anterior a la muerte. Y eso no significa necesariamente que esa última comida esté envenenada.

—¿Y cómo querías que lo comprobáramos, sabiendo? —le increpó Gruñón—. ¿Probándola nosotros, a ver si nos moríamos también?

11

—Eso no hubiera sido nada razonable —contestó Ulrico tranquilamente—. Puesto que sospecháis de esta mujer, podríais haberle hecho comerse el resto de la manzana. Así, si era culpable, habría muerto víctima de su propio veneno.

—Tienes razón —admitió Sabio—, eso hubiera sido lo más justo. Pero como a las brujas siempre se las quema...

—Bien, afortunadamente vuestro error no ha sido irreparable —dijo Ulrico—. ¿Dónde está esa manzana?

—En casa —contestó Sabio—, en el plato donde Blanca la ha dejado. Nadie se ha atrevido a tocarla, por si acaso.

—Pues vamos para allá y acabemos con este desagradable asunto —propuso Ulrico.

12 La casa de los siete enanos estaba situada en un claro del bosque. Era una sólida construcción de adobe, maciza y achaparrada como sus moradores, con tejado de doble vertiente y una chimenea tan grande que casi parecía un torreón.

Cuando llegaron ya era completamente de noche, y la casa solo estaba iluminada por dos velas que ardían a los lados del improvisado ataúd de Blanca. Era una joven muy hermosa, y de una palidez tan acusada que hacía honor a su nombre.

Mientras los enanos obligaban a la presunta bruja a comerse el resto de la manzana presuntamente envenenada, cosa que la anciana hizo sin ofrecer resistencia, Ulrico examinó a la

hermosa difunta, e incluso le levantó un párpado para observar su pupila a la luz de la vela.

—No parece muerta, sino solo dormida —dijo Dormilón con los ojos llenos de lágrimas, acercándose al ataúd.

—Efectivamente, no parece muerta —confirmó Ulrico—. ¿Y sabes por qué? Porque no lo está.

Al oír tan extraordinaria afirmación, todos los enanos se arremolinaron alrededor del ataúd, mirando a Blanca con expectación.

—¿Quieres decir que solo está... encantada? —preguntó Dormilón.

—Algo así —contestó Ulrico—. Algunos magos doctos en el arte de la medicina lo llaman catalepsia. Es un estado en el que la respiración y el pulso parecen detenerse, pero sin llegar a la muerte.

—¿Crees que si la besara un príncipe azul volvería a la vida? —preguntó tímidamente el enano al que llamaban Mimoso.

—Los besos de príncipe no tienen por qué ser mejores que los de enano —replicó Ulrico,

y acto seguido se inclinó sobre Blanca y la besó en los labios.

14 Ante el estupor de los siete enanos, el pecho de Blanca se elevó levemente, como si comenzara a respirar. Durante unos minutos que parecieron interminables, Ulrico permaneció inclinado sobre Blanca, hasta que al fin se irguió con una sonrisa triunfal. Blanca respiraba de forma lenta y casi imperceptible, y permanecía inmóvil y con los ojos cerrados, como sumida en un profundo sueño, pero, indudablemente, estaba viva.

Los siete enanos rodearon a Ulrico riendo y llorando de alegría, abrazándolo y besándolo sin parar y colmándolo de elogios.

—Basta, basta, queridos hermanos —rogó al fin Ulrico—, me vais a asfixiar y entonces seré yo el que necesite un príncipe azul para que me reviva.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Sabio cuando se hubieron calmado un poco—. ¿Eres acaso un poderoso mago?

—Qué más quisiera yo —contestó Ulrico—. Aspiro a desentrañar algún día los secretos de la magia, pero lo que acabáis de ver no tiene nada de extraordinario, y hasta un niño podría hacerlo. En la lejana India conocen esta técnica desde hace siglos. Consiste, sencillamente, en soplar por la boca de alguien que no respira para llenar sus pulmones de aire y hacer que vuelva a respirar. A veces funciona, aunque solo si la víctima no está muerta de verdad...

15

—¡La bruja se ha escapado! —gritó de pronto Gruñón.

Efectivamente, aprovechando la escasa luz y el alborozo creado por la «resurrección» de Blanca, la anciana se había escabullido fuera de la casa.

—¿Qué más da? —dijo Ulrico—. Puesto que Blanca no está muerta, no había motivo para retenerla.

—Puede que la manzana estuviera envenenada después de todo —objetó Sabio—, pero como Blanca solo dio un bocado, el veneno no

fue suficiente para matarla, sino solo para dejarla en ese estado de muerte aparente.

—En ese caso, puesto que le habéis hecho comer el resto de la manzana, no llegará muy lejos.

—Se derrumbará en medio del bosque, víctima de su propio veneno —sentenció Gruñón.

16

—Y ahí se quedará hasta que pase un príncipe azul y le dé el beso de la vida —añadió Dormilón con un bostezo, provocando una carcajada general.